

Recordar, compartir, aprender

Oviedo

Araceli Ovies Menéndez, 85 años

Elena Vares González, 21 años

‘LA SALADA’

En 1913 el barrio avilesino de Villalegre vio nacer en una de sus humildes casas a Araceli Ovies Menéndez, conocida por todos como ‘La salada’, una mujer que dedicó su vida a la defensa de los derechos de la mujer y a la lucha contra el abuso de las empresas.

Era la menor de doce hermanos y apenas pudo acudir a la escuela por falta de recursos económicos en la familia. Fue su padre quien le enseñó a leer y escribir. Todos sus hermanos varones emigraron a Cuba y Estados Unidos durante la guerra, a excepción del pequeño, que murió en la batalla de Teruel durante la Guerra “incivil” española. Ninguno regresó, pero nunca olvidaron sus raíces asturianas; sus hijos realizaron posteriormente viajes a Villalegre; Araceli y el resto de la familia se encargaron siempre de recibirlos con gaita y tambor.

Desde muy joven Araceli trabajó de casa en casa realizando sencillas labores de costura. A los 11 años comenzó su vida laboral en una fábrica de alpargatas; trabajaban para el ayuntamiento haciendo reparaciones en la ropa de los funcionarios. Aún no había alcanzado la mayoría de edad, cuando obtuvo un puesto de trabajadora en la fábrica Confecciones Ráfaga, en Villalegre, dedicada a la confección de ropa de trabajo para distintas empresas. Cuando entró en la fábrica aún se cosía a mano, pero no tardaron en introducir máquinas eléctricas. Araceli pronto se familiarizó con la maquinaria; ponía bien las agujas cuando se movían, sabía colocar las poleas y siempre ayudaba a sus compañeras para que el trabajo fuese perfecto. Eran unas 30 trabajadoras y ella ejerció durante un tiempo el puesto de encargada.

Por votación de los trabajadores de la empresa, adquirió muy pronto el cargo de vocal provincial. En el año 1949 fue elegida vocal nacional de la sección social de la Mutualidad de la Confección, Vestido y Tocado, incluida en el Sindicato Textil, cargo que desempeñó durante más de 30 años y que le obligaba a desplazarse a la capital española al menos una vez al mes. Araceli se jubiló con más de 40 años trabajados en la misma empresa.

La principal lucha de Araceli fue, desde muy joven, lograr que aquellas mujeres que habían dedicado su vida a la confección no se encontrasen al llegar a la edad de jubilación con una situación de desamparo por no haber sido integradas en la Seguridad Social, institución de la que, tristemente por incultura, muchas de ellas no habían ni siquiera oído hablar. Con la misma energía trató de conseguir que las trabajadoras pudiesen jubilarse a los 60 años en lugar de a los 65; la costura, practicada por estas mujeres desde una edad muy temprana, provocaba un fuerte deterioro de sus facultades físicas: la precoz aparición de cataratas seniles e incluso la descalcificación de las vértebras debido a las forzadas posturas que debían adoptar para efectuar correctamente su trabajo.

Araceli fue siempre una mujer activa y dinámica; su único defecto, me dice ella con una sonrisa en los labios, es que habla muy deprisa; y es cierto, habla como si no fuese a tener el tiempo suficiente para expresar con palabras todo lo que ella ha vivido. Su vida está llena de anécdotas y recuerdos que quedaron en su memoria y en su corazón después de muchos viajes, excursiones, actividades de voluntariado... Gracias a su activa participación en el sindicato conoció prácticamente todo el país. En cierta ocasión, invitada por sus sobrinos de América, viajó a este continente donde volvió a ver a algunos de sus hermanos después de 50 años.

Fue una mujer muy entregada a su familia; en todo momento pudieron contar con su ayuda y apoyo. En su casa, siempre llena de gente, organizaba reuniones en las que el pueblo se entretenía jugando a la brisca y



a la “raposa”; para los vecinos su casa era como el club social de la villa, la puerta nunca estaba cerrada para nadie. Pero su labor con el pueblo no era sólo recreativa; a través de la gestión en los sindicatos, informaba a la gente de ayudas sociales, de ayudas para la vivienda, de pensiones... Siempre fue muy querida por sus amistades porque, como me dice ella: “Hacía todo a favor del mundo, encantada de la vida”.

Araceli es muy devota de la virgen de la Luz de Villalegre, quien le ayudó en todos sus caminos y aún hoy le da fuerzas para seguir.

Una rotura de la cadera hace unos años le dejó con escasa movilidad, por lo que, por decisión propia, Araceli se trasladó a la residencia Naranco, donde vive desde entonces y donde su sobrina la visita casi a diario. Lejos quedan ya las largas jornadas de duro y extenuante trabajo, pero aun hoy en día Araceli no ha perdido la gran vitalidad de su juventud; participa en todas las actividades que organiza la residencia: acude a las charlas, a talleres de memoria... y siempre con la alegría que le ha caracterizado a lo largo de su vida. Me dice Araceli que desde que ella llegó a la residencia, hay “más trato social”, la gente sonrío al decir buenos días y se organizan actividades propias para las distintas edades para que la gente esté entretenida.

Araceli me enseña muy orgullosa su habitación; las paredes están repletas de fotografías de su época en el sindicato, con el Rey, con representantes políticos, con su familia... y de los diplomas que le han entregado a lo largo de su vida, como el Premio Regional de Destreza en el Oficio, el diploma Sanz-Orrio al mérito en el trabajo o la Medalla de Plata al Mérito Sindical.